

## EDITORIAL

### **Hace dos años perdí, al mismo tiempo, un Maestro y un amigo.**

*(En el segundo aniversario de la desaparición de Harold M. Frost).*

Es difícil definir qué es un amigo. Porque los amigos no están ahí, afuera, exponiendo sus virtudes y defectos encima de sus zapatos. Un amigo no es "él". No se lo describe; se lo siente. Un amigo es "lo que me pasa a mí" cada vez que de alguna manera él accede a mi mente. Por eso la canción recita que el vacío que deja un amigo al irse no puede llenarse con el arribo de ningún otro. También por eso es que uno solamente puede hablar de un amigo en primera persona.

También es difícil explicar qué es un Maestro. Y él era las dos cosas al mismo tiempo. Siempre había soñado conocerlo personalmente. Un día, cuando andaba por los 49 años, me encontraba erráticamente en el hall de un hotel barato en Utah. Ahí nos concentrábamos los interesados a ser transportados a Idaho para participar en el que para mí iba a ser mi primer congreso osteológico en el extranjero: uno de los famosos *Sun Valley Workshops on Hard Tissue Biology*, celebrados anualmente desde los ochenta, en un lugar hermoso, pero en medio del desierto (para que nadie se escape). Alejados de la gente, dos viejos discutían en un sofá, evidentemente sobre el tema, y me animé a presentarme, para pedirles que me indicaran cómo dar con él, si lo conocían. Tímidamente le tendí la mano al más próximo, diciéndole mi nombre y pidiendo perdón (en realidad, piedad) por mi andrajoso *Spanglish*. Todavía sonaba su seco *Nice to meet you*, cuando, sin otro aditamento, el tipo se volvió hacia su compañero y entendí que le dijo, como si nos conociéramos de años: "George, éste es el individuo de quien te hablé. Él es quien ha revisado el trabajo de autores de su país que estábamos comentando". Y a mí: "Siéntese... Conversemos un rato..."

Bastante desorientado, yo me animé a aclarar que sólo pretendía ubicar al Dr. Harold Frost, si es que lo conocían. Entonces, él me dijo: "Yo soy el Dr. Frost..., pero todos me dicen FEOD". Más cercano al aturdimiento, y sin poderlo creer, me animé a contestar: "Ahhh... FEOD? ...¿Y qué es eso?" Y él aclaró: *Feisting Eccentric Old Dinosaur!* Sonriendo, pero naturalmente shockeado, le dije al otro viejo: "Ahhh... Entonces, usted debe ser George..." "... Jaworski", me completó, confirmándome que me encontraba, sin prolegómenos ni proyecto previo, frente a los dos más grandes "filósofos del esqueleto" nacidos de mujer. Así se inició, en 1991, la discusión científica más interesante de toda mi vida.

El viaje a Sun Valley duraba más de 5 horas, y la conversación se trasladó al interior del minibus, de modo que pudimos hablar largo y tendido. Más relajado, y estimulado por el tono abierto de la charla, me atreví a tentar a FEOD (ya me había acostumbrado al apodo) criticándole el tono agresivo del inglés oxfordiano que él había empleado al escribir el prólogo de su flamante libro *The Intermediary Organization of the Skeleton*, que acababa de leer, criticando la manera como se "adelantan" las ciencias médicas en los últimos tiempos. "Después de leer eso, sospecho que Usted lo ha escrito impulsado por una reacción enojosa, provocada por alguna clase de discriminación negativa en su carrera; ¿no ha sido así?", le espeté. Para mi sorpresa, FEOD se confesó, como si nos conociéramos de niños: Me dijo que, décadas atrás, cuando trabajaba en el Henry Ford Hospital de Detroit, había solicitado numerosos *grants* a la



industria farmacéutica, para trabajar en favor de sus revolucionarias ideas; y la industria le había negado sistemáticamente su apoyo, evidentemente porque esas ideas contradecían el espíritu circunstancial del mercado. En su lugar, le ofrecían dinero fácil a cambio de abandonar esas interpretaciones conflictivas de la realidad biológica esquelética, y dedicarse a corroborar la basura vendible. Duro de carácter, ante la imposibilidad de triunfar en ese terreno, FEOD prefirió abandonar el ambiente del "competitivo". Este norteamericano, para reinstalarse con sus petates (y con sus ideas frescas) en una clínica modelo de un pueblo llamado así, Pueblo, en un estado todo colorado llamado Estado de Colorado.

A partir de entonces, encontré a FEOD en Sun Valley (en realidad, lo fui a buscar) cada año durante 13 años, compartiendo durante 9 días en cada ocasión un bungalow económico (si se puede decir) con su familia y con la de Hans Schiessl, empresario alemán productor de aparatos de tomografía ósea.

Hans es un tipo muy particular: a primera vista ofrece un aspecto grotesco, gordo y ordinario, pero visto de cerca es un fanático del estudio del sistema músculo-esquelético, a quien siempre conviene escuchar con atención, porque una de cada diez sandeces que dice (y dice muchas) puede poner la Osteología patas para arriba (¡sólo que nadie sabe cuál de las diez!). Este amigo común, suficientemente rico y bonachón, nos ayudó siempre a FEOD (que no era tan rico como hubiera podido serlo) y a mí (que nunca tuve nada) a concurrir a congresos en todo el mundo, por pura simpatía; y permanentemente nos provocaba con sus alocadas ideas sobre las interacciones entre músculos y huesos, suscitando acaloradas discusiones, que los tres disfrutábamos como un banquete de manjares exóticos.

Durante nuestros múltiples encuentros en Sun Valley, compartimos mutuas inquietudes sobre la nueva Osteología, de la cual FEOD era nada menos que el fundador (y Hans el tábano puesto sobre el lomo), y a la cual yo había circunstancialmente aportado unas pocas evidencias "duras" (experimentales) originales, en concordancia total con sus ideas, aunque no siempre con las mismas interpretaciones.

En las reuniones científicas nos divertíamos mucho, especialmente en las duras sesiones de Sun Valley. Yo aportaba mis humildes evidencias en forma especialmente provocativa, y FEOD defendía luego con toda su autoridad el peso de mis pretendidas conclusiones. Nadie (nadie) en mi vida jugó su prestigio nunca (nunca) de la forma como él lo hizo, solamente para apoyar mi trabajo.

Pero la verdadera sal de nuestra amistad se paladeaba cuando nos sentábamos a discutir. Diferíamos, lógico; pero no sólo en tamaño: también en color. A mí me gustó siempre ir a buscar evidencias en el análisis de las listas de resultados. El nunca escribió un verdadero trabajo científico (!), pese a que publicó decenas de libros y centenares de trabajos en las mejores revistas. Su trabajo consistía simplemente en operar miles de pacientes ortopédicos, y observar (con inusual astucia) los resultados de lo que hacía. A más de eso, jugar con sus microscopios (era coleccionista) mirando preparados que él mismo tomaba de los huesos y tejidos fibrosos de sus operados. Yo aportaba evidencias científicas sencillas. El construía la complicada filosofía del sistema óseo-muscular. Yo trataba de administrar conocimientos desde abajo; él orientaba mi camino y el de muchos otros, siempre desde arriba.

A este respecto, reiteradamente me observaba: "Pepe, no necesitas acumular conocimientos; debes desarrollar las conexiones" (en buen romance: "¡Aprende menos y razona más, estúpido!"). Tenía razón, seguro: hace tiempo, cuando terminé de aprender a resolver ecuaciones diferenciales, por ejemplo, me di cuenta que lo importante no era saber resolverlas, sino plantearlas.

La historia propia de FEOD también soporta su posición de líder absoluto en Osteología básica y clínica: Desde los cincuenta, cuando inventó la técnica histomorfométrica de doble marcado óseo con tetraciclina, descubrió nada menos que la modelación y la remodelación de los esqueletos, el servomecanismo que controla la única propiedad esquelética regulable cibernéticamente (la deformabilidad ósea), al que llamó "mecanostato" y extendió luego a todos los tejidos conectivos, y la manera de proceder de las interacciones biomecánicas músculo-esqueléticas, al mejor modo de un moderno Wolff.

De los investigadores que conocí, FEOD fue el que más interés mostró por conocer la Argentina, y de hecho aceptó, aun bastante enfermo, mi invitación para participar en una de nuestras reuniones nacionales de Osteología, para la cual escribió un fascículo especial, titulado "La Nueva Osteoporosis - Un Manual para Usuarios", que me tomé el trabajo de traducir para su distribución entre la concurrencia. Su actitud frente a nuestros humildes laboratorios fue siempre condescendiente y constructiva, y nos dejó a todos mensajes estimulantes para el futuro.

Hoy FEOD ya no está. Se lo cobró hace un par de años un maldito cáncer de próstata luego de disolverle dolorosamente los huesos durante más de una década –mafiosa revancha por averiguar demasiado sobre ellos, desnudando impudicamente la conciencia de sus células, y su apasionado romance con los músculos—. Sin embargo, nuestro diálogo todavía no terminó (¿no habíamos quedado en que los amigos se llevan adentro?). Constantemente lo recreo (él me dejó mucho con qué hacerlo), y en ausencia lo admiro cada día un poco más.

Por eso, en vez de ilustrar este obituario al comienzo, con una política imagen del Dr. Harold M. Frost ataviado con un clásico moñito americano, que adorna pero no habla, preferí hacerlo al final, reproduciendo una instantánea de entrecasa, en la cual la vera, ordinaria estampa de FEOD, plácidamente estirado en un sillón del bungalow de Sun Valley, discute esquelestupideces con su amigo que esto escribe y con el bueno de Hans Schiessl.

Recuerdo que la foto fue tomada por Doris, esposa de FEOD, extrañada porque hacía horas que estábamos discutiendo los tres sobre miles de cosas, sin ponernos nunca de acuerdo y, sin embargo, siempre muertos de risa. Luego de la sorpresa del flash nos preguntó, intrigada: "Ahora que ya documenté el hecho, ¿me pueden decir de qué se ríen todo el tiempo, si se la pasan siempre peleando?" Le contestamos que era porque, en el fondo, los tres coincidíamos en una postura filosófica elemental:

**"Si de ninguna manera pudieras tomarlo en broma, ¡recházalo!"**



**JOSÉ LUIS FERRETI**

Centro de Estudios de Metabolismo Fosfocálcico (CIUNR/CONICET),  
Hospital del Centenario.  
Facultad de Ciencias Médicas, U. N. de Rosario.